¿A qué apunta una propuesta alternativa en educación? Esta es la pregunta que sirve de base a la reflexión en este texto, y a partir de ella propone seis puntos básicos: educar para la incertidumbre, para gozar de la vida, para la significación, para la expresión, para convivir, para apropiarse de la historia y la cultura. En estos aspectos fundamentales se cifra la educación que busca desarrollar la creatividad, el riesgo, la crítica y la imaginación, que apunta a que hombres y mujeres sean capaces de hacer la historia.

SENTIDO Y SINSENTIDO EN EDUCACIÓN

Toda pregunta por lo alternativo es una pregunta por el futuro. De nada valdría dedicar un análisis a los alcances de formas diferentes de educación si el mismo no fuera ligado a una reflexión sobre las posibilidades en un mundo como el nuestro. La condición de posibilidad de lo alternativo es el futuro. Nos encontramos, pues, en el para qué de la educación alternativa.

Una propuesta alternativa apunta a:

- ⇒ Educar para la incertidumbre.
- ⇒ Educar para gozar de la vida.
- ⇒ Educar para la significación.
- ⇒ Educar para la expresión.
- ⇒ Educar para convivir.
- ⇒ Educar para apropiarse de la historia y la cultura.

Los seis puntos constituyen para nosotros aspectos fundamentales del sentido de la educación en estos pocos años que nos separan del fin del milenio. La búsqueda de un sentido en sistemas tradicionales colmados de sinsentido, en situaciones sociales cada vez más difíciles y cambiantes, es la condición más importante de cualquier propuesta alternativa.

Lo alternativo representa siempre el intento de encontrar un sentido otro a relaciones y situaciones, a propuestas pedagógicas. Tarea nada sencilla, por cierto, porque en la misma se compromete el sujeto de la educación que precisamente por eso se hace sujeto y no objeto de la misma. Ya no se trata de distribuir "sentidos" a diestra y siniestra (léase "objetivos terminales", "metas" y todo lo demás) y condicionar todo el proceso a esos sentidos impuestos al sujeto. Se trata de construir sentido en una relación en la que entran la creatividad, la novedad, la incertidumbre, el entusiasmo y la entrega personal.

Educar para la incertidumbre

"El autoritarismo está lleno de certezas", afirma Francisco Vío Grossi. Y la escuela, por lo mismo, también. Nadie nos educa para vivir en la

incertidumbre, sólo la vida de encarga de ello, y ¡a qué precio!, sobre todo para quienes carecen de recursos que permitan hacerle frente.

La vida humana se organiza en una lucha contra la incertidumbre. Nadie duda de tal afirmación: la familia, las otras instituciones sociales, como el Estado, las iglesias, la escuela, la legislación, tratan siempre de sembrar alguna seguridad en un mundo signado por todo tipo de riesgos. Enorme tarea esa, en especial cuando les toca desarrollarla a todos y cada uno de los seres humanos.

Pero la lucha no es tan real como parece. En manos de la mayoría de las instituciones sociales, ella se convierte en el esfuerzo de lograr la ilusión de certidumbre, sea a través de sistemas pedagógicos condicionados y condicionantes, de salidas políticas mágicas, de propuestas "utópicas" a la medida de los sueños y de seguros de vida, vejez y muerte. El resultado es una negación sistemática de la incertidumbre, cuando nadie escapa a ella.

En el antiguo México se veneraba a una deidad dueña del destino de hombres y dioses: Texcatlipoca. De ella dependían favores y tragedias, podía hacer feliz al malvado e infeliz al hombre de bien. Texcatlipoca era caprichoso como la vida misma.

Hoy nada ha cambiado, pero por todos los medios se busca ocultar la incertidumbre. Y, sin embargo, nunca más que hoy se vive en el reinado de Texcatlipoca. Al menos para las grandes mayorías de la población latinoamericana ese reinado no dejó nunca de estar presente.

No hace falta aquí traer cifras sobre pobreza y desnutrición que ya a nadie sorprenden ni conmueven. Tampoco es necesario insistir sobre la falta de oportunidades que brinda la sociedad en estos procesos irresistibles de ajustes estructurales, tan cercanos a aquello de "la operación fue un éxito, el enfermo falleció". A mayor búsqueda de seguridad en los aspectos macroeconómicos mayor incertidumbre para la vida a escala micro (¿es que hay otra escala de la vida, sentida, vivida cada día?).

Y sin embargo, por momentos se nos privilegia la incertidumbre. El ejemplo más cercano está en la guerra del Golfo. Nadie discute aquí las intenciones y las acciones de Hussein dentro y fuera de su país, pero de improviso se convirtió en el hombre más odiado de la tierra, dueño del cuarto ejército más poderoso, capaz de arrastrarnos a una catástrofe nuclear. Y luego semejante amenaza se derrumbó como un tigre de papel. Los medios masivos (no ellos, sino quienes los mueven) privilegian certidumbres e incertidumbres, según el vaivén de los intereses políticos.

¿Qué significa educar para la incertidumbre en una sociedad como la actual?

Lo primero:

> Educar para interrogar en forma permanente la realidad de cada día y, por lo tanto, no enseñar ni inculcar respuestas. No se trata de una pedagogía de la respuesta sino de una pedagogía de la pregunta, como dice Freire.

La incertidumbre actual es de tales dimensiones que nadie, y menos aun un educador, tiene las respuestas. Las respuestas son siempre respuestas del pasado, tal como lo muestran hasta el cansancio los libros de texto y buena parte del discurso escolar. Si esto es válido en el plano de los conocimientos sistematizados, mucho más lo es en el acontecer cotidiano.

Lo segundo:

> Educar para localizar, reconocer, procesar y utilizar información.

Ya en la década del 40 se insistió (Norbert Wiener, *Cibernética y sociedad*) con toda claridad en la relación entre información e incertidumbre, a mayor falta de aquélla mayor dimensión de ésta. Nuestros niños, niñas, jóvenes, crecen en la máxima desinformación en un mundo movido y saturado por información (Carlos Castilla del Pino, *La incomunicación*). Y aun cuando se cuente con algún volumen de información, ello no asegura su utilización para resolver la propia vida. El drama de nuestra escuela no es tanto su crónica desinformación, sino que no ofrezca recursos, metodologías para trabajar con una información existente, presente por todas partes (Lauro de Oliveira Lima, *La educación del futuro*).

Lo tercero:

> Educar para resolver problemas.

En una sociedad en la que la incertidumbre crece día a día se le plantean a cada quien problemas cotidianos por resolver. Desde las relaciones inmediatas hasta la búsqueda de formas de supervivencia. La práctica de resolución de problemas está orientada siempre hacia el futuro, toda vez que ella significa el diagnóstico, la comprensión y la decisión entre más de una alternativa. Pasa a primer término aquí la práctica; la acumulación de respuestas acertadas y de información muerta no siempre (o casi nunca) sirve para resolver los problemas cotidianos. La solución puede verse en un doble sentido:

1. El enfrentamiento a la incertidumbre de cada día.

2. La actitud activa ante una situación nueva que pide creatividad, capacidad de relacionar los conocimientos adquiridos y de buscar otros nuevos.

Lo cuarto:

> Educar para saber reconocer las propuestas mágicas de certidumbre, para desmitificarlas y resignificarlas.

Esas propuestas, como señalamos más arriba, aparecen a diario en espacios como la vida cotidiana (lugares comunes sobre el amor, la riqueza, el éxito), la escuela (a mayor consumo de años escolares mayor salario), el Estado (la iniciativa privada, por sí sola, por su propio empuje, crea democracia y libertad), los medios (la caída de Hussein asegura un nuevo orden internacional), la publicidad (todo va mejor con Coca Cola).

Saber reconocer, desmitificar y resignificar es poder enfrentarse a los distintos textos sociales, para leerlos críticamente. Se trata de pasar de consumidor de textos a lector crítico de los mismos y, por lo tanto, de las intenciones de sus autores (sean estos individuos, sectores sociales o instituciones).

Lo quinto:

> Educar para crear, recrear y utilizar recursos tecnológicos de escala humana.

Si hay un espacio privilegiado de la difusión de ilusorias formas de certidumbre, éste es el de la tecnología. Piénsese en toda la gama de objetos electrónicos, en las computadoras, en los programas difundidos masivamente. Nadie pretende rechazar una realidad, la tecnología es parte de nuestras sociedades, lo queramos o no. Pero se trata de ofrecer alternativas para comprender su sentido, sus limitaciones y sus posibilidades. Entendemos tecnología en el amplio sentido del término, desde los mínimos recursos disponibles en el medio rural campesino hasta los más sofisticados elementos computacionales.

Educar para gozar de la vida.

Antes de recibir la avalancha de críticas a esta propuesta aclaramos las cosas a través de una simple pregunta:

¿Cuándo gozas de la vida?

- → cuando te entusiasmas, es decir, cuando sientes que tienes un dios adentro como lo dice la etimología: la alegría de ser y de vivir.
- → cuando te sientes útil, cuando reconoces tus progresos.
- → cuando juegas con la palabra, la compartes en el diálogo, construyes con ella.
- → cuando te sientes alguien entre los demás en el goce del encuentro, cuando compartes los alimentos, un vaso de vino, una taza de café, la intimidad, los sentimientos.
- → cuando creas, recreas y procreas, cuando ves nacer y crecer tu obra.
- → cuando cantas para y entre los otros.
- → cuando ves un amanecer o la espalda dorada del mar al caer la tarde.
- → cuando te encuentras con expresiones como "gracias a la vida que me ha dado tanto" de nuestra querida Violeta Parra, y muchas otras de la poesía latinoamericana.
- → cuando trabajas en lo que te agrada y te realiza como ser humano.
- → cuando vives intensa y libremente tu afectividad.

¿Por qué no se educa en, por y para el goce? Porque la escuela ha tergiversado hasta su propia etimología, ya que para los antiguos era el lugar del disfrute en la creación y el diálogo.

En estos tiempos de incertidumbre, de ajustes estructurales y de nuevos órdenes internacionales, nuestras grandes mayorías están siendo condenadas a vivir en el sufrimiento, en contra de un principio básico de la vida: el goce. Demasiado nos trae la realidad actual como para sumarle a ella una educación enemiga del mismo.

La pregunta es, entonces:

¿Cómo educar en, por y para el goce?

1. Educar en el goce significa generar entusiasmo. Generarlo siempre, en todas y cada una de las actividades, de los ejercicios, de las prácticas, de los ambientes, de las relaciones, de los resultados, de los progresos, de los errores incluso. ¿Qué significa un proceso educativo sostenido por el entusiasmo? Significa que todos los participantes en el mismo se sienten vivos, comparten su creatividad, generan respuestas originales, se divierten, juegan, gozan.

2. Educar por el goce significa movilizar todas las energías en una aventura lúdica compartida; sentir y hacer sentir; participar entregando lo mejor de sí y recibiendo lo mejor de los otros. Todo ello implica necesariamente un ambiente gozoso, tanto en los recursos materiales como en el encuentro humano. Entra aquí la riqueza de los sentidos, de la imaginación y de la creación colectiva.

3. Educar para el goce. Si hemos nacido para gozar tenemos todo el derecho a aprender a gozar. Esto va directamente en contra de modelos ilusorios del goce, como los difundidos a escala masiva por la publicidad. Hay otras formas, como las respuestas a la pregunta antes formulada: ¿cuándo gozas la vida? Si la actual escuela no enseña a gozar, el sentido de una educación alternativa es educar para el goce.

El goce es un punto de partida y de llegada, un acicate para vivir y la clave de la vida misma.

Educar para la significación

En educación no hay nada in-significante, aunque la tarea de significar está casi siempre en manos de la institución y de sus funcionarios. Una propuesta alternativa busca procesos significativos que involucren a educadores y educandos.

¿Qué significa significar?

⇒ Primero: dar sentido a lo que hacemos.

- ⇒ Segundo: incorporar mi sentido al sentido de la cultura y del mundo.
- ⇒ Tercero: compartir y dar sentido.
- ⇒ Cuarto: comprender el sinsentido de ciertas propuestas educativas, políticas, culturales.
- ⇒ Quinto: relacionar y contextualizar experiencias.
- ⇒ Sexto: relacionar y contextualizar discursos.
- ⇒ Séptimo: impregnar de sentido las diversas prácticas y la vida cotidiana.

Estos siete puntos no son casuales. Cuando alguno de ellos (y otros no mencionados aquí) falta, el trabajo educativo pierde sentido, es decir, no significa nada para quien lo hace. Todo esto lleva a convertir en objeto al verdadero sujeto de la educación.

Una tarea sin sentido vale para sistemas carcelarios. Años atrás una de las islas de Galápagos funcionaba como prisión. Aún quedan restos de una construcción levantada por los reclusos: un muro en medio de un paraje desierto. Los guardias se divertían con eso: construir un muro que comenzaba en cualquier parte y no terminaba en ninguna. Luego de meses de trabajo, destruirlo y comenzar otra vez. Y así sucesivamente.

Este era un sinsentido total. Pero hay otros múltiples ejemplos, como el del sentido centralizado en unos pocos especialistas, en tanto que los estudiantes o los trabajadores son simples instrumentos del mismo.

Una educación con sentido educa protagonistas, seres para los cuales todas y cada una de las actividades, todos y cada uno de los conceptos, todos y cada uno de los proyectos, significan algo para su vida. Es esa significación el punto de partida de la significación del mundo y de los demás.

La capacidad de dar sentido, de significar el mundo y la propia experiencia, pasa por la capacidad de criticar los sentidos y los sinsentidos ajenos. Nada más lejos de la educación así entendida que una obediencia ciega a un mando superior. Veamos un ejemplo por demás común en América Latina:

> "El que manda debe estar solo, por cierto; pero debe estarlo también para mantener el secreto de sus motivos. No debe explicar nada. Hasta la orden más desatinada debe cumplirse sin que nadie se atreva a cuestionarla... Pues el que obedece no puede dudar que sus superiores son los más sabios y capaces: la menor sospecha en contrario es catastrófica... Y esta convicción sólo puede fundarse en el misterio que rodea al que manda, cuyos motivos deben estar fuera del alcance del subordinado" (Félix Luna *Soy Roca*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1990. p. 50).

El sentido no se imparte a base de órdenes ni de misterio, se construye en una relación solidaria.

Educar para la expresión

Regla de oro: sin expresión no hay educación.

Juguemos con las palabras:

- ⇒ Re-presión: acción y acto de reprimir; controlar, ordenar, coaccionar.
- ⇒ Su-presión: acción y acto de suprimir; eliminar, quitar.
- ⇒ Im-presión: acción y acto de imprimir; fijar, poner un sello en una materia blanda, dejar huellas, grabar.
- ⇒ Com-presión: acción y acto de comprimir; oprimir, apretar, estrechar, reducir.
- ⇒ De-presión: acción y acto de deprimir o deprimirse; hundir alguna parte de un cuerpo, humillar, rebajar, negar las cualidades de una persona, producir decaimiento de ánimo.
- ⇒ Ex-presión: acción y acto de expresarse; exteriorizar, sacar fuera lo que uno tiene adentro, comunicar, manifestar, hacer público.

Quien no se expresa se reprime, es suprimido, está sujeto a que le impriman el sentido como a una materia blanda, a que lo compriman y depriman.

Vale un ejemplo: el maestro, en las antiguas formulaciones que no acaban nunca de pasar, es el modelador de los jóvenes, es quien esculpe la materia del futuro.

El dar sentido no es sólo un problema de comprensión sino, sobre todo, de expresión. Hegel afirmaba: cuando faltan las palabras falta el pensamiento. Seamos más drásticos: cuando faltan las palabras falta la libertad. La capacidad expresiva significa un dominio del tema y de la materia discursiva. Y se manifiesta a través de claridad, coherencia, seguridad, riqueza, belleza en el manejo de las formas de los diferentes lenguajes.

La capacidad expresiva es una conquista, a nadie se la regala graciosamente la sociedad en general y mucho menos la escuela.

Dejemos estos argumentos como base de nuestra propuesta alternativa: una educación que no pasa por la constante y rica expresión de sus interlocutores sigue empantanada en los viejos moldes de la respuesta esperada y de los objetivos sin sentido.

Educar para convivir

Educar, entonces, para vivir con, porque estamos en el mundo para entreayudarnos, no para entredestruirnos, como decía don Simón Rodríguez. Por ello, todo aprendizaje es un interaprendizaje.

La frase fue acuñada también por don Simón. La clave pasa por lo compartido, por lo que puede ser aprendido de los demás. Resulta imposible el interaprendizaje si se parte de una descalificación de los otros. Es imposible aprender de alguien en quien no se cree.

Cuando se cree en los otros se es co-responsable; la obra, la propia formación y la de los demás, es producto de interacción, comunicación y colaboración.

Estos conceptos, es sabido, suelen no aparecer en las orientaciones de la escuela actual, salvo cuando lo hacen a modo de vagos objetivos. Pero son parte de realidades, de situaciones latinoamericanas. Veamos cómo se dan en una experiencia reciente:

> "En la economía convencional los distintos factores económicos son integrados y subsumidos bajo las categorías de capital (factor K) y trabajo (factor L). Nuestro factor C, que así lo hemos denominado porque en el nuestro y en varios otros idiomas comienzan con dicha letra varios de los términos con que podemos nombrarlo, a saber cooperación, comunidad, colaboración, coordinación, colectividad; consiste en el hecho de que un elemento comunitario de acción y gestión conjunta, cooperativa y solidaria, presente al interior de estas unidades económicas, tiene efectos tangibles y concretos sobre el resultado de la cooperación económica. Efectos concretos y específicos, tales que puede discernirse una particular productividad dada por la presencia y crecimiento de dicho elemento comunitario..." ("Economía popular", de Luis Razeto, en *Educación comunitaria y economía popular*, Editorialpec, San José, 1990).

De la educación tradicional, al igual que de la economía tradicional, ha estado ausente el factor C. Se trata de educar en el mismo para lograr la convivencia. Esto no es sencillo. Estamos ante un "modo de hacer economía (educación para nosotros) que implica comportamientos sociales y personales nuevos... que comparten algunos rasgos constitutivos y esenciales de solidaridad, mutualismo, cooperación y autogestión comunitaria, tales que definen una racionalidad especial..." (op. cit.).

En síntesis, no se puede educar para convivir si no se educa en la cooperación, participación colectiva, en el interaprendizaje.

La escuela está organizada para aislar a los educandos, de manera que no trabajen entre ellos sino con el docente. La propuesta alternativa considera al grupo como un ámbito privilegiado para el interaprendizaje, entendido como recreación y producción de conocimientos, por la dinámica y la riqueza aportadas a través de la confrontación de ideas y opiniones que ponen en juego las experiencias previas de cada participante; la posibilidad del logro de consensos y disensos en una dinámica permanente de acción-reflexión-acción.

Educar para apropiarse de la historia y de la cultura

Somos seres históricos. Esta afirmación ha sido ya hecha y no representa ninguna novedad. Pero vale la pena insistir en su sentido: somos producto de experiencias anteriores, de conocimientos, vivencias, tecnologías, cultura, aciertos, errores, violencia, encuentros y desencuentros atesorados a lo largo de generaciones. Somos producto de esa historia general y de nuestra biografía, de la manera en que lo general ha sido vivido en nuestra vida cotidiana.

La escuela también es historia, como cualquier institución responde a condicionamientos sociales, a una acumulación de formas de percibir al hombre y de ubicarlo en este mundo. Pero a la vez la escuela trabaja como si la historia no existiera y, en todo caso, se encarga de deshistorizar los procesos de enseñanza-aprendizaje. Extraña paradoja: la escuela es histórica (en el sentido de sus condicionamientos) y al mismo tiempo ahistórica; y a la vez (o precisamente por eso) está volcada hacia el pasado, tanto en sus contenidos como en sus métodos. Su pasión es el coleccionismo de cadáveres y no hay nada menos histórico que un cadáver.

Por lo mismo, la escuela cierra espacios a la cultura vivida, a la de cada día, a la producida en las relaciones sociales. Su cultura es la de los textos y la de las referencias a sistemas científicos y artísticos atrasados con relación a la dinámica social del presente. Y esto aunque de vez en cuando aparezcan recursos tecnológicos, como medios audiovisuales o incluso la televisión y hasta la misma computación. La escuela todo lo domestica, todo lo incorpora a su discurso exangüe, carente de vida.

¿Cómo educar para la apropiación de la historia y de la cultura?

En la medida en que una propuesta se centra en el aprendizaje (autoaprendizaje e interaprendizaje) y no en la enseñanza, el rol protagónico del proceso se desplaza del docente al educando. Este solo hecho abre el camino al acto educativo, entendido como construcción de conocimientos, intercambio de experiencias, creación de formas nuevas. Y es precisamente ese protagonismo, ese quehacer educativo, el que permite una apropiación de la historia y de la cultura. El camino no es el de preparar para hacer historia y cultura en el futuro, sino lograrlas aquí y ahora. Es esto lo que entendemos por producción cultural. En la cultura se educa por la producción cultural, lo que vale tanto por la apropiación de lo creado por otros hombres como por la creación inherente al acto educativo.

Se educa para la apropiación ofreciendo caminos a las virtudes activas. La escuela privilegia virtudes pasivas: obediencia, sumisión, orden, memoria, puntualidad, y castiga virtudes activas: creatividad, riesgo, crítica, imaginación, intuición. Son estas últimas las que hacen historia. Se trata de elegir entre un hombre sometido a la historia y un hombre que hace historia.

La educación tradicional, anclada en la obsesión por la respuesta correcta, busca acomodar a sus estudiantes a una historia ya hecha, en la que ninguna novedad, ninguna aventura de la imaginación o de la inteligencia caben. Una propuesta alternativa se orienta a promover y cultivar las virtudes activas. Uno se apropia de la historia y de la cultura en el interaprendizaje, en la

interrogación a la propia situación, en la invención, en el planteamiento de posibles, en la aplicación, en la práctica, en la alegría de construir y de imaginar.

Francisco Gutiérrez
Daniel Prieto Castillo
San José, 8 de Mayo, 1991